



**PALABRAS DE APERTURA DE LA CXIV ASAMBLEA PLENARIA ORDINARIA
DEL EPISCOPADO VENEZOLANO POR PARTE DE MONS. JOSÉ LUIS
AZUAJE AYALA, ARZOBISPO DE MARACAIBO Y PRESIDENTE DE LA
CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA, EL DÍA 7 DE JULIO DE 2020.
(Asamblea virtual).**

Salutación.

Un saludo cordial al Sr. Nuncio Apostólico, Mons. Aldo Giordano, a los Sres. Cardenales, a mis hermanos Obispos, a los miembros de las distintas instituciones eclesiales del país, a los Subsecretarios de la CEV, a los directores y directoras de los departamentos del Secretariado Permanente del Episcopado, a los invitados especiales, a los comunicadores y a todos los que nos siguen por las redes sociales.

Nunca en la historia habíamos tenido esta experiencia de realizar una Asamblea episcopal virtual, lo que la hace interesante hacia el futuro, sabiendo que este tiempo de confinamiento nos ha traído, además de preocupaciones y angustias, muchos aprendizajes en orden a extender la irradiación de nuestros mensajes y propuestas, pero sabemos que nunca podrá sustituir en el futuro al encuentro cara a cara, persona a persona. Esto me permite asumir una nueva narrativa en las palabras inaugurales en perspectivas de esperanza, animado por las palabras del Santo Padre Francisco en “un plan para resucitar”.

Ámbito eclesial.

En nombre de mis hermanos obispos, quiero darle la bienvenida a nuestra Conferencia episcopal a Mons. Juan Alberto Ayala Rodríguez, nuevo Obispo auxiliar de San Cristóbal, expresándole nuestro afecto y comunión; encomendamos al Espíritu Santo a Mons. Ubaldo Santana por el nombramiento como Administrador Apostólico (sede vacante) de la Diócesis de Carora, agradeciéndole a Mons. Luis Tineo su servicio episcopal en esa Iglesia particular durante varios años; felicitamos a la Diócesis de la Guaira por sus 50 años de creación, una vida de servicio pastoral y de promoción humana en medio de un pueblo sencillo y trabajador; de igual forma a la Arquidiócesis de Calabozo por sus 25 años de ser elevada a Arquidiócesis metropolitana; agradecemos a Dios por el servicio pastoral que la Diócesis de San Cristóbal prestará en el Vicariato del Caroní, la disponibilidad que Mons. Mario Moronta y el presbiterio han tenido para con esta Iglesia hermana; con unos días de adelanto saludamos a Mons. Antonio López que el próximo 18 de julio cumplirá sus 50 años de sacerdocio, pedimos para él, salud y alegría espiritual. Continúa el trabajo de reforma y reestructuración del SPEV y algunas instancias de la CEV muy necesarias en estos tiempos de cambio. Agradecemos el trabajo pastoral, formativo y humanitario que han tenido los diversos Departamentos del SPEV durante la pandemia, haciendo mención del trabajo humanitario de las Caritas a nivel nacional, diocesano y parroquial.

Nos ha llenado de gran júbilo y esperanza la firma del decreto de beatificación del Dr. José Gregorio Hernández Cisneros, por parte del Papa Francisco; un acontecimiento que el pueblo venezolano ha esperado por 71 años desde que se abrió la causa; esta pronta beatificación nos trae grandes compromisos a todos los venezolanos y venezolanas que decimos ser devotos de José Gregorio como cariñosamente le llamamos, no es otra cosa sino seguir las virtudes que le acompañaron como persona íntegra en lo moral, ciudadanía, profesional, intelectual, caritativo, y en el ámbito religioso con una fe viva y activa en el día a día. Damos gracias a Dios y a todos los que han trabajado en la causa durante estos años, a todos los devotos que han desbordado la fe desde Isnotú hasta el templo de la Candelaria, y a la jovencita Yaxury Solórzano, quien fue la elegida por Dios para que se diera este hecho prodigioso. Cada Iglesia particular, desde su idiosincrasia y organización, planificará lo que crea conveniente para mostrar el amor que Dios ha tenido para con nuestro pueblo humilde. Ojalá todo lo que hagamos y planifiquemos de aquí en adelante tenga ese sabor a pueblo en la humildad y sencillez como valores que acompañaron siempre a este insigne médico de los pobres.

A nivel Latinoamericano se sigue el trabajo de renovación y reestructuración del CELAM, dirigiendo la mirada hacia una organización inteligente cuyo trabajo sería en redes y con procesos de descentralización; igualmente desde el CELAM junto con otros organismos eclesiales como la CLAR, CARITAS América Latina y El Caribe, se está preparando la Primera Asamblea Eclesial Latinoamericana y El Caribe para profundizar el acontecimiento de Aparecida y preparar a la región para celebrar los dos mil años de la redención (2033) y el acontecimiento Guadalupano (2031), este evento se realizará en noviembre del 2021. También se ha creado la Conferencia Eclesial Amazónica, primera experiencia de este género en la Iglesia Universal, cuyo objetivo es acompañar pastoralmente a los pueblos Amazónicos, siendo nombrado Mons. Jhonny Reyes como miembro con voz y voto por nuestro país, y mi persona como presidente de Caritas de A.L y C. Ya fueron creados los estatutos de esta nueva organización de Iglesia y están siendo presentados a las instancias vaticanas y al Santo Padre Francisco para su aprobación.

Ámbito Social.

Estamos transitando por momentos cruciales de nuestra historia humana; cuando la humanidad se creía todopoderosa, con avances tecnológicos y científicos de grandes proporciones, con ideologías que trastocaban todos los aspectos de la vida, con un afán de consumo que va más allá de la posible producción, todo se ve paralizado por un ser diminuto; como bien lo ha señalado el Papa Francisco: “las fronteras caen, los muros se derrumban y todos los discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragilidad de la que estamos hechos” (Un plan para resucitar). Hoy, nos encontramos en medio de una pandemia de la cual se hablará en una sesión de esta Asamblea.

La palabra clave que debe hacernos reflexionar es que “somos frágiles”; una fragilidad que indica cansancio como bien lo habían señalado algunos pensadores: “Occidente está profundamente cansado. Cansado de sí mismo. Y nosotros, los europeos, los occidentales, estamos cansados de ese Occidente que, por lo demás, constituye nuestro espacio vital, nuestro humus histórico y cultural” (R. Argullol-E. Trías, (1993), 11); esto se concretiza en

aspectos fundamentales expuestos en algunos relatos: “la nuestra es, definitivamente, la época del malestar y la incertidumbre, del desengaño y del desánimo ante las grandes palabras prometidas” (Coelho, (1993), 92).

Si esto lo llevamos a nuestro país ciertamente debemos ratificar los desencantos que la población ha tenido por la situación permanente de engaño ante propuestas político-sociales salidas de sistemas de gobierno, como el bipartidismo en el siglo pasado, o la presente ideología con la cual se ejerce el poder en el país, que aunque superada en el tiempo por sus nefastas consecuencias para el ser humano y la sociedad, hoy se presenta como un sistema totalitario que no ha sido capaz de cumplir las bondades que ha predicado haciéndose autorreferencial, viviendo para sí mismo.

Esta realidad ha llevado al pueblo a perder la emoción y el interés por lo nuevo, y ha entrado en el eterno retorno de lo mismo reforzado por palabrerías como el “ya”, “ahora sí”, “es el momento”. Aquí podemos recordar las palabras del filósofo G. Vattimo: “el eterno retorno de lo igual; el fin de la época de la superación” (Vattimo. (1987), 92). Esto nos da a entender que la historia política e institucional en el país ha sufrido una ruptura, se encuentra en una decadencia cuyas consecuencias se sienten en la precaria vida cotidiana del pueblo y hasta en el alma herida de las personas.

Son muchos los males que ha producido este actuar político en estos últimos años en el país; considero que son conocidas sus consecuencias en la población y en los bienes de la nación; ante esta realidad no hay que cerrarse a la esperanza, la apuesta es por la fe, el creer en Jesucristo y, en Él, se descubre la esperanza última que anima el sentido de la vida y de la historia, asumiendo que todo no es lineal, sino que esta historia está llena de episodios dolorosos, por lo que “no podemos permitirnos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos. Es el Señor quien nos volverá a preguntar ¿dónde está tu hermano?” (Un plan para resucitar).

La pregunta por el otro que es mi hermano, encarna una responsabilidad no solamente ética, sino principalmente cristiana, porque no hemos sido creados ni se nos ha dado la creación, ni nuestro país, para el sufrimiento, para la desdicha, sino para crecer y desarrollarnos integralmente; pero desgraciadamente, el egoísmo y el poder de dominación, ha hecho que el sufrimiento sea compañero de una gran multitud que toma parte de la pasión del Señor a través de los diversos males y carencias; a pesar de ello, “nuestros oídos escucharán la novedad de la resurrección: no estamos solos, el Señor nos precede en nuestro camino removiendo las piedras que nos paralizan”, y oyendo con claridad “no está aquí, ha resucitado” (id).

Este entorno de esperanza debe animarnos como pueblo a seguir creyendo en la fuerza transformadora de la organización social en la sociedad civil, de la verdad y la libertad como valores fundamentales para el cambio. Debemos recordar lo que nos señala el Papa Francisco al expresar que la unción de Jesús “no era una unción para la muerte, sino para la vida” (id); y cada uno de nosotros desde la resurrección somos ungidos también para la vida, para la esperanza, lo que implica que todos somos necesarios e importantes para la obra liberadora del Señor, sabiendo que “nadie se salva solo” (id), por lo que todos nos necesitamos.

Esta fuerza del resucitado que enmarca la esperanza cristiana nos permite ponernos en movimiento sin dejarnos paralizar por el miedo, por lo desconocido, por la fuerza negativa de una ideología que genera sufrimiento a través de la represión y la violación de los Derechos humanos, de las amenazas. Pero surge un grave problema. Es el problema de los mesianismos que hay en la cabeza de muchos que quieren ser los únicos salvadores del país. Cada corriente política así como miembros la sociedad civil, quieren atribuirse el triunfo para conseguir el premio: el poder. Esto es denunciado, porque lo que está en juego es el destino de toda la nación no de particularidades. Esto sirve para todos, en el gobierno ante la negativa de liderazgos nuevos, frescos y locales; y en la oposición con su falta de unidad. Este tipo de política y de obrar lleva a la destrucción de las organizaciones y quienes tienen mayor influencia de poder verán una oportunidad para usar dicho poder en provecho propio o de sus aliados, como ha pasado con la designación de los directivos del CNE y la decisión sobre algunos partidos políticos, así como la propuesta de una elecciones parlamentarias sin garantías, cuyo cometido es destruir una oposición reconocida por el pueblo y crearse otra para sus intereses, como si en democracia no fuese fundamental una sana oposición para un balance y una contraloría en el poder.

En este tiempo de tanta incertidumbre hay que trabajar para generar un ambiente distinto, de visión de futuro con esperanza, sabiendo que hemos y estamos pasando por un tiempo muy difícil, de mucho sufrimiento ante las diversas pandemias que se han posesionado de nuestro país: la pandemia del COVID-19 que ha profundizado los males que ya teníamos en el país, principalmente la desestructuración del sistema sanitario que está generando sufrimiento y muerte, donde es más importante una estadística forjada que la verdad sufriente; la pandemia de la pobreza que genera hambre y dolor; la pandemia política que produce represión e injusticia; la pandemia de la justicia que viola el estado de Derecho.

La fe cristiana tiene mucho que aportar, y uno de los elementos básicos es la esperanza en el futuro fundamentado en la promoción de la dignidad humana y el bien común, que pasa por una serie de elementos a considerar para generar una realidad distinta al miedo y a la esclavitud del estrés que asfixia. Miremos algunos de esos elementos para nuestra vida:

1.-Despertar la confianza en el pueblo, con una actitud positiva y propositiva, con un aprendizaje en el discernimiento de lo que es verdad o no, porque no se pueden sembrar cambios desde la negatividad y del recordatorio de los males; hay que motivar acciones y procesos que indiquen un sendero nuevo y mejor, una posibilidad de cambio hacia el futuro donde todos participemos. Como bien lo dice San Pedro: “Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido” (1Pe 4,10).

2.-Ante los problemas, desarrollar una actitud de esperanza que nos mueva a la construcción novedosa de una nueva realidad. Es necesario crear una mirada diferente, una valoración y un aprecio positivo de los demás, de las cosas y de los acontecimientos a pesar de la complejidad del momento, sabiendo “que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que aman” (Rom 8,28); Él siempre nos acompaña, Él ha dicho: “nunca te dejaré, nunca te abandonaré” (Dt 31,6); y en la esperanza podemos decir “El Señor está conmigo, no temo; ¿qué podrá hacerme el hombre?” (Sal 118,6), en Él siempre “hay esperanza para el futuro” (Jer 31,17). En este tiempo de pandemia y de tantos problemas

sociales y políticos viene bien recordar lo que San Pablo pedía a los cristianos de Tesalónica: “Animen a los apocados, sostengan a los débiles, sean pacientes con todos. Miren que nadie devuelva a otro mal por mal, esmérense siempre en hacerse el bien unos a otros y a todos” (1Tes 5,14-15).

3.-La necesidad de seguir promoviendo la ayuda humanitaria en un país desestructurado y sin rumbo humano, con una profunda emergencia humanitaria. Las necesidades son tan grandes que hoy no estamos en un momento de supremacía en cuanto a nuestro alcance real de ejecutar la ayuda humanitaria que necesita el país. Es un error y una arrogancia para cualquier institución pensar que todo lo puede resolver sin ayuda de otros. Se trata de construir redes y un capital social que maximice la obra de Dios a través de los lazos de la fraternidad. El Foro Social Interreligioso es una esperanzadora forma de asociación surgida en medio de esta crisis y que debe ser fortalecida por quienes ven en los que sufren lo que impulsa el trabajo.

4.-Trabajar por construir una cultura del encuentro, que permita el reconocimiento de la otra persona y el acogerse mutuamente como una actitud que siembra esperanza, porque es una actitud de liberación de la soledad, de la exclusión; es volver al centro de interés dejando lo efímero, lo circunstancial para ir a lo esencial. San Pablo nos da una guía: “Acójense mutuamente como Cristo los acogió para gloria de Dios” (Rom 15,7). Es saber estar junto al otro, asumirlo desde su propio ser con libertad, no con afán de dominio.

5.-La Comprensión da la capacidad de acercarse al otro desde la empatía. Es asumir a la persona tal cual es. La comprensión va más allá de los errores, las limitaciones de las personas, más allá de los juicios. Es dar oportunidades que se asumen libremente para edificar la vida y ser útil en la transformación de las realidades humanas y sociales. Al verse con libertad, la persona asumirá la responsabilidad de su vida y de sus actos. Aquí entra en juego la compasión, no como una virtud más, sino como la única manera de imitar a Dios; Él no excluye a nadie: “Dios hace salir su sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5,45). Es un cambio de mentalidad y de visión.

6.-Un liderazgo inclusivo y abierto a lo nuevo. Hay un liderazgo que observa al país desde el retrovisor y construye su discurso sobre lo que fuimos, lo que teníamos, lo que nos robaron, lo que ya no está. Es un liderazgo doliente pero que paraliza cualquier posibilidad de reconstrucción pues sólo quiere la grandeza de lo que perdió. Hay otro liderazgo que omite e invisibiliza su responsabilidad sobre el desastre, trabajando desde el oportunismo y el populismo. Y otros que tristemente van promoviendo un culto a la personalidad, a través de una superioridad intelectual o moral, que no son capaces de escuchar ni entender ni reconocer las nuevas formas de asociación que han surgido en medio de las ruinas del país. Considero que es necesario animar un liderazgo que permita reconciliarnos y trabajar en comunión por reconstruir nuestro país, donde se trabaje por una nueva normalidad que supere todo lo que hemos vivido hasta ahora y tenga el rostro de la solidaridad, la libertad y la verdad para generar un desarrollo integral para todos.

7.-Abrir horizontes, porque los que creemos en la Resurrección sabemos que todo no se acaba aquí en el plano terrenal, sino que hay algo más que no conocemos pero tenemos una primera experiencia en el amor, la justicia y la paz que no excluye el sufrimiento. Siempre

nuestra realidad es inacabada porque no podemos aceptar las cosas como son, sino como deberían ser; todo lo debemos medir por el tamaño del gran misterio de la Resurrección, lo que nos hace abrirnos hacia el futuro más allá del sufrimiento y del dolor.

Cierre.

Después de la pandemia, millones de personas quedarán con un inmenso sufrimiento; si queremos abrirnos al futuro tenemos que sensibilizarnos más con los vulnerables, los últimos como lo hizo nuestro Beato el Dr. José Gregorio Hernández. “Dios quiere una vida más digna y dichosa para todos, empezando por los últimos. Hay que aprender a vivir desde un “lugar diferente”: desde la compasión hacia los que sufren, desde la defensa de los más vulnerables, la acogida incondicional a todos, la lucha por la dignidad de toda persona; los últimos han de ser los primeros. Así abrimos caminos al reino de Dios” (Pagola. (2015), 70).

La Iglesia tiene mucho que aportar en este momento de pandemia así como en la post-pandemia; su aportación debe estar dirigida a crear estímulos para no volver al más de lo mismo, es decir, a una economía excluyente, que mata; una política que piensa más en sus intereses como partido e ideología y no en el pueblo; unas instituciones que negocian a costa de la ineficiencia; un comercio que pone por delante el lucro antes que la dignidad humana; una justicia que no es ciega, no es imparcial, tiene sus intereses y obra acorde a ellos; una violencia selectiva dirigida a los empobrecidos y vulnerables desde una actitud aporofóbica. Nada debe ser igual a pesar de las resistencias de los sistemas operantes.

La propuesta es humanizar todo. Que el centro sea la vida, fomentando una ecología integral donde se construya un equilibrio humano y ecológico, y donde se respeten los derechos humanos de todos y todas, donde los sistemas políticos y las leyes se pongan al servicio de las personas y pueblos enteros. Es necesario incentivar una economía que promueva un comercio justo y un consumo razonable, para evitar el hambre y todos puedan tener acceso a los sistemas de salud y de educación. Pero como lo hemos dicho varias veces, esto requiere un cambio radical en el sector económico y de gobierno.

Sabemos que todo lo que se haga no será perfecto, pero en ese obrar, el ser humano debe asumir la responsabilidad de acrecentar las posibilidades de vida desde los grandes principios humanos. Esperemos que la pandemia, con la cuota de sufrimiento que genera, sea un campanazo para despertar a nuevas formas responsables de presencia y de actuación en la búsqueda del bienestar colectivo.

Muchas gracias.

Notas referenciales.

Francisco. “Un plan para resucitar: una meditación”. Vaticano. Abril 2020.

G. Vattimo. (1987). El fin de la modernidad. Gedisa. Barcelona.

J.A. Pagola. (2015). Recuperar el proyecto de Jesús. PPC. Madrid.

J.L. Coelho Pires. (1993). Nuestro tiempo y su esperanza. Atenas. Madrid.

R. Argullol-E.Trías. (1993). El cansancio de Occidente. Destino, Barcelona.